

Los perfumes del santuario

Alfred GUIGNARD

biblicom.org

Índice

1 - La mirra	4
2 - La canela aromática	5
3 - La caña aromática	6
4 - La casia	7
5 - El estacte	8
6 - La concha aromática	9
7 - El gálbano	10
8 - El incienso	10
9 - El nardo	11
10 - El azafrán	12
11 - El áloes	12
12 - La henna (o alheña)	13

La fragancia del nombre de Jesús es maravillosa; es una fragancia de vida para los que están por la vida. Puede ser como el incienso que arde en el lugar santo sobre un altar de oro; su humo puede salir de un incensario de oro. Puede ser un aceite perfumado que se vierte sobre el santuario y los adoradores: siempre es un perfume compuesto según el arte del perfumista. Es esta fragancia la que se eleva continuamente en las narices de nuestro Dios como un olor agradable, y que también regocija nuestros corazones cuando nos acercamos a Aquel cuyo nombre es un perfume esparcido, o cuando entramos en el santuario por la fe. Quiera Dios que conozcamos más plenamente las gloriosas realidades que nos revelan las diversas fragancias mencionadas en las Escrituras, para que podamos difundir la buena fragancia de Cristo en todos los lugares y, como verdaderos sacerdotes, elevar continuamente ante Dios la fragancia de ese nombre que deleita su corazón. Esto es lo que nos compromete a publicar estas líneas y a llamar la atención de los santos sobre el significado de los distintos perfumes.

Nuestro deseo, al hacerlo, es ocupar los corazones con la excelencia de Aquel que llena el cielo y la tierra con su gloria. No descuidemos la lectura y la meditación de las cosas contenidas en la antigua dispensación, porque experimentaríamos una pérdida. Es evidente que surgen grandes dificultades cuando deseamos entrar en estas cosas, y que estas dificultades han detenido a muchos. También existe otro peligro al tratar de entrar en estos gloriosos misterios. Es el de poner en ellos algo de nuestros propios pensamientos o lo que viene de la sabiduría del hombre. No olvidemos que Dios oculta estas cosas a los sabios e inteligentes, pero las revela a los niños pequeños. Se ha dicho a menudo que la Palabra se interpreta a sí misma y que es en ella donde debemos buscar la respuesta a las preguntas que surgen cuando la leemos. Podríamos añadir que, si Dios se sirve de una imagen para hacernos comprender sus pensamientos, debemos considerar el objeto del que habla esa imagen para instruirnos. Por ejemplo: un cordero degollado, o una oveja esquilada, por mencionar solo estos dos ejemplos entre la multitud de imágenes con las que está llena la Palabra. Que el Señor sea misericordioso con nosotros y nos guarde en su pensamiento.

Las fragancias de las que nos hablan las Escrituras son doce. Hacer un estudio detallado de ellos excedería con mucho el espacio disponible en las columnas de nuestra pequeña publicación. Además, en estas cosas, estamos en presencia del infinito, como en todas las cosas de Dios; nos limitaremos a dar algunas informaciones que puedan ayudar a los santos a comprender mejor lo que son estos perfumes, y responderemos a varias consultas que se nos han hecho sobre este tema.

Todos los perfumes, sin excepción, nos hablan de Cristo: de lo que él es para Dios y también para el corazón de aquellos para quienes es una fragancia de vida para la vida. El primero que se menciona en las Escrituras (*Gén. 37:25*), y el que se encuentra con más frecuencia, es

1 - La mirra

Para entender de qué nos habla este perfume, debemos saber qué es la mirra y qué nos dicen las Escrituras sobre ella. La mirra proviene de la savia que fluye, ya sea libremente o por heridas hechas en la corteza de un arbusto, como lágrimas. Una vez al aire libre, estas se secan y dan una resina bien conocida como mirra. Esta resina tiene un sabor muy amargo y un olor agradable. La resina que fluye libremente del árbol se llama mirra franca o goteante (*Éx. 30:23*). Probablemente es la misma que se llama mirra límpida (*Cant. 5:5*). Como hemos dicho antes, la mirra se menciona a menudo en las Escrituras. Habla del perfume del nombre de Jesús; del perfume que exhala sus sufrimientos; de las lágrimas que derramó, de sus heridas, de sus contusiones. Es el buen olor que se elevó ante el trono de Dios cuando Jesús estaba en el mundo, el hombre de dolores. ¿Cómo podemos hablar de la satisfacción que llenó el corazón de Dios cuando vio toda su excelencia, cuando le agradó a Jehová herirlo y cuando lo sometió al sufrimiento? José de Arimatea y Nicodemo envolvieron el cuerpo de Jesús en una mezcla de mirra y áloes que pesaba unas cien libras cuando lo depositaron en el sepulcro nuevo; un sepulcro que no conoció la corrupción y del que solo surgió un dulce perfume, un buen olor; un sepulcro que no tendrá nada que devolver el día de la resurrección de todos los santos dormidos.

La mirra franca se menciona en primer lugar entre las especias más excelentes en la composición del aceite santo de la unción que se derramaba sobre el santuario, sobre todos sus utensilios y sobre los sacerdotes. Este aceite es una imagen del Espíritu Santo quien, en la casa de Dios da testimonio a todos los adoradores de un Cristo que ha sufrido. Los sufrimientos de Cristo son la base inmediata de todas nuestras bendiciones y el cumplimiento de los consejos de Dios. Cuando entramos en estos misterios gloriosos, sentimos que estamos en tierra sagrada y podemos inclinarnos y adorar. ¡Sufrió! Tema eterno de la alabanza de los redimidos. Dios, por los sufrimientos de Cristo, ha sido glorificado mil veces más que si el pecado nunca hubiera entrado en el mundo. Entendemos que, cuando el Señor venga en su ma-

jestad y magnificencia, para establecer su trono de gloria, llevará vestiduras todas perfumadas de mirra (Sal. 45:8). El Cantar de los Cantares habla a menudo de la mirra. Finalmente, los Magos de Oriente llevaron mirra entre sus tesoros a Aquel que iba a morir en el monte Calvario. Nos detendremos y dejaremos que el lector medite sobre todo lo que la mirra puede decir al corazón de los redimidos. Vale la pena indagar y meditar sobre estas cosas. En la eternidad adoraremos a quien llevará en su trono las marcas de las heridas que le hicieron en la casa de sus amigos. La mirra es sin duda el primero de los perfumes del santuario. Hay otros. El segundo, que se menciona en el precioso capítulo 30 del libro del Éxodo, donde tenemos el altar del incienso, el aceite de la unción y el incienso de drogas aromáticas, es

2 - La canela aromática

El canelo (nombre del árbol de la canela) es un hermoso árbol que siempre es de color verde brillante. Se menciona en [Éxodo 30:23](#) y en el [Cantar de los Cantares 4:14](#). Está estrechamente relacionado con la caña aromática en las Escrituras; veremos por qué cuando tratemos esta última. El canelo en la Palabra es el árbol odorante. Desprende una agradable fragancia que se extiende a lo lejos. Su corteza, llamada canela, proporciona la especia que se utilizaba en segundo lugar para la preparación del aceite para la santa unción. Dios, por medio de ella, quiere darnos a conocer algo más sobre la excelencia de Aquel cuyo nombre es un perfume difundido. En su perfecta humanidad era continuamente como un perfume de dulce aroma que se elevaba ante el trono de Dios. Un hombre perfecto en el que encontró toda su satisfacción, y esto en medio de un mundo en el que todo estaba estropeado por el pecado. No se trata de la canela de un Cristo sufriente como en el perfume de la mirra, sino de toda su belleza como hombre, de toda la perfección de su ser, de toda la excelencia de su persona. Fue sobre él que el Espíritu Santo descendió en virtud de sus propias perfecciones, y eso en forma de paloma. Es aquel a quien el cielo pudo contemplar y de quien el Padre pudo decir: «Este es mi amado Hijo, en quien tengo complacencia» ([Mat. 3:17](#)). Un hombre que pudo ascender al cielo después de haber descendido a las profundidades de la muerte. ¿Dónde encontrar un hombre como este? ¡Oh, Jesús!, la fragancia de tu nombre llena el santuario, deleita el corazón de Dios y nos hace felices incluso aquí en la tierra.

3 - La caña aromática

La caña aromática es una tercera especia, mencionada en [Éxodo 30:23](#) como ingrediente del aceite de la santa unción. Es muy probable que sea la misma que se llama caña olorosa en [Jeremías 6:20](#). Toda la caña desprende un olor agradable, pero especialmente su raíz. Esta raíz, cuyo interior es de color blanco rosado, es la que se utiliza en perfumería. Este perfume ya era muy conocido en el pasado por los orientales. Esta palabra «caña» nos hace pensar necesariamente en las conocidas palabras del Señor a propósito de Juan el bautista: «¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña sacudida por el viento?» ([Mat. 11:7](#)). Esta es una imagen de lo que es el hombre en su debilidad: un pobre ser que por poca cosa se agita y que está constantemente expuesto a agachar la cabeza bajo el golpe de las circunstancias adversas por las que pasa: al menor viento, debe agacharse hasta el suelo. La caña aromática es una imagen preciosa que podemos contemplar y admirar más fácilmente de lo que podemos explicar. En ella vemos rayos de la gloria de Aquel que, estando en el mundo, estuvo expuesto a todas las consecuencias del pecado siendo el hombre perfecto que no conoció pecado; que encontró la oposición del jefe de la autoridad del aire y de todos sus agentes, y fue humillado y abatido. Tuvo que decir: «Guárdame, oh Dios, porque en ti he confiado» ([Sal. 16:1](#)). A través de toda la oposición que encontró, solo difundió la dulce y agradable fragancia del hombre perfecto: la caña olorosa. Cuanto más violenta era la oposición y más se daba rienda suelta al odio, más se liberaba esta fragancia y se elevaba ante Dios como un olor agradable. No solo era cuando estaba en el mar tempestuoso que el viento estaba en su contra; sino que siempre se le opuso un mundo que está en contra de Dios. Sin embargo, este viento difundía la bendita fragancia de su nombre por todas partes. Ya hemos señalado que el canelo y la caña aromática están estrechamente asociados en [Éxodo 30:23](#) y en el [Cantar de los Cantares 4:14](#). En este último pasaje se mencionan todas las especias de dos en dos. Este simple hecho nos facilita la búsqueda que podemos hacer sobre ellos; volveremos a ello más adelante, pero por el momento nos limitamos a señalar que, en los pasajes que nos ocupan, estas dos especias se encuentran juntas, y que incluso en [Éxodo 30:23](#) son de hecho una sola, ya que juntas tenían el mismo peso que cada una de las otras mencionadas allí, es decir, 500 siclos. El canelo, como hemos visto, es la fragancia que se desprende de la perfecta humanidad de Cristo; sus mismas perfecciones le hacían encontrar la oposición del mundo y atraían sobre él el odio de los hombres pecadores y malvados. De esto habla precisamente la fragancia de la caña aromática. El amargo viento del norte se llevaba la dulce fragancia de la caña que estaba firmemente arraigada en la Palabra, la pa-

labra que lo deleitaba y que era su única regla de conducta en todas las cosas. –Sí, la mirra, la canela y la caña aromática son, en efecto, las especias más excelentes para el corazón de Dios y de los suyos. El arte del perfumista es maravilloso. Nos queda por tratar una cuarta especia que se utilizaba en la composición del aceite de la santa unción. Esta es

4 - La casia

Los botánicos eruditos nos dicen que la casia es el fruto de un árbol grande y hermoso. No nos sorprende en absoluto, pues todo lo que puede hablarnos de Cristo es necesariamente grande y bello. Todo en su adorable persona es grandeza y belleza, a veces cantamos. Muchos autores antiguos y profanos hablan de la casia como un perfume muy apreciado. Si fue estimada por los hombres, también lo fue por el Dios que la creó y que quiso que la casia fuera uno de los perfumes de su santuario: un perfume que le habla de su Hijo amado. Tres pasajes en los que encontramos la casia son suficientes para hacernos comprender a qué gloria de Cristo corresponde esta especia. Junto con la mirra, la canela y la caña aromática, en [Éxodo 30:23](#), tenemos la casia como una de las especias más excelentes, una de las que entraban en la composición del aceite de la unción santa. El segundo de estos pasajes se encuentra en [Job 42:14](#). El Espíritu Santo nos da a conocer los nombres de las tres hijas de Job y nos habla de su extraordinaria belleza. Lo hace, no lo olvidemos, para instruirnos y edificarnos. El nombre de la segunda hija es Kezia, que significa «casia». La casia, fruto de un árbol hermoso, nos habla de quien es la belleza misma. La casia del santuario es, pues, la imagen del perfume que se exhala, no ya de un Cristo sufriente y humillado, sino de un Cristo que viene en toda su gloria y belleza, como bien dijo el profeta Isaías: «Tus ojos verán al Rey en su hermosura» (33:17). Por eso también encontramos la casia en un tercer pasaje: el conocido [Salmo 45](#). Viene en su majestuosidad y magnificencia en el carro glorioso de su gobierno para establecer su reino de justicia y paz, ¡Qué hermoso! Todas sus vestiduras son de mirra, áloe y *casia* cuando sale de los palacios de marfil... ¡Detengámonos, inclinémonos y adoremos! Es aún más glorioso que un José ante el que se debía gritar: «¡Doblad la rodilla! ¡Oh, la fragancia del nombre de Jesús!

La lista de especias utilizadas en la composición del aceite de la santa unción termina con la casia. Este aceite se derramó sobre el santuario terrenal, una copia del real. Todos los utensilios de aquel santuario fueron ungidos con este precioso aceite,

así como Aarón y sus hijos, los sacerdotes; lo que para nosotros es una figura del testimonio dado por el Espíritu Santo a lo que es el buen olor de Cristo para Dios. Este buen olor llena el santuario, impregna todas las cosas del lugar santo, y está sobre los suyos, que han de manifestar el buen olor de su nombre en todos los lugares de este mundo (2 Cor. 2:14-16).

5 - El estacte

Sentimos algo de la solemnidad del tema que vamos a tratar y la santidad del lugar en el que entramos en este momento. Con el estacte o estaca empezamos a respirar las fragancias que solo se encuentran en el cielo, que solo ascienden a la morada de Dios, ante su trono en el altar de oro, y que desprenden como una nube del incensario de oro. Es un lugar de santidad. ¡Qué bendito ambiente! Qué felices son los que habitan en el lugar santo. Que habitemos allí sin cesar por la fe, esperando ser introducidos en ella por el Hombre glorificado. El estacte es una hierba preciosa y muy rara. Decíamos de la mirra que procede de la savia que brota en forma de lágrimas de un arbusto; estas lágrimas, una vez al aire libre, se coagulan, se secan y forman así lo que llamamos mirra en lágrimas. Sucede que en el centro de estas lágrimas hay una gota de licor que, al secarse en un horno, se reduce a polvo: es el estacte. Los antiguos autores griegos la proclaman como una de las sustancias más exquisitas. En las Escrituras, el estacte nos habla de lo más oculto a los ojos humanos de los sufrimientos de Cristo. Allí hay cosas que solo Dios conoce, una excelencia que solo él puede apreciar, una fragancia que solo él puede oler: el buen olor de Cristo para Dios. No podemos penetrar en las profundidades de su ser interior cuando era el hombre de dolores, la víctima santa que no abrió la boca. Ningún mortal puede comprender estas cosas, nadie es capaz de conocer la fragancia que se elevaba incesantemente ante Dios cuando males indecibles cayeron sobre el Santo de Dios, cuando nuestras iniquidades le alcanzaron. No es posible, por tanto, dar una descripción de lo que ocurría en el corazón y en las entrañas de esta persona bendita; ni de la satisfacción que Dios encontraba en el continuo sacrificio que era su vida, y que se elevaba incesantemente ante él como un perfume dulcísimo. Esto va más allá de toda concepción humana. Para poder hablar de ello, haría falta haber podido contemplar los esplendores de la casa del Padre en la que él estaba desde la eternidad, y haber profundizado en el profundo abatimiento en el que entró cuando descendió a la tierra; lo que era para él el fango en el que no había punto de apoyo en el que descendió; habría que conocer el amor inefable del que gozó durante la

eternidad, y el odio del que fue objeto por parte de su criatura, haber conocido la angustia de Getsemaní, el desamparo de Dios, los horrores de la muerte, la paga del pecado, y comprender cuál fue el sufrimiento interior de Aquel a quien oímos suspirar dentro de sí mismo, mirando al cielo y llorando ante la tumba del que había hecho su amigo. Habría que ser Dios para poder apreciar plenamente lo que fue el sufrimiento del Hombre perfecto cuando le sobrevinieron males indecibles, y la fragancia que emanaba de su adorable persona a través de todo ese dolor. La excelente fragancia del estacte recuerda al corazón de los redimidos estas cosas.

6 - La concha aromática

La segunda especia que debía utilizarse en la composición del incienso de las drogas aromáticas del santuario era «la concha aromática». La concha aromática es un perfume muy apreciado por los orientales, y procede de una concha que tiene cierta analogía con aquella de la que se extrae la púrpura. Se encuentra en las profundidades del mar y la más apreciada se pesca en el mar Rojo. De lo que habla este aromático no requiere mucha explicación; la simple lectura de algunos pasajes del libro de los Salmos nos instruirá sobre este tema mejor que todo el conocimiento de los hombres podría hacerlo: «Sálvame, oh Dios, porque las aguas han entrado el alma. Estoy hundido en cieno profundo, donde no puedo hacer pie; he venido a abismos de aguas, y la corriente me ha anegado» (Sal. 69:1-2). «Un abismo llama a otro a la voz de tus cascadas; todas tus ondas y tus olas han pasado sobre mí» (Sal. 42:7). «Envió desde lo alto; me tomó, me sacó de las muchas aguas» (Sal. 18:16). Podríamos citar otros, pero estos tres son suficientes para recordar que Cristo tuvo que entrar en las aguas profundas del juicio de Dios y que allí también, en el momento supremo, en medio de los peores sufrimientos, la excelente fragancia de su nombre ascendió como un buen olor ante Dios. En el santuario se eleva continuamente, como incienso, el recuerdo de lo que Jesús fue para su Dios y Padre, al que se comprometió a glorificar allí donde nosotros lo habíamos ofendido. Verdaderamente, el perfume del nombre de Jesús se difunde allí donde podemos seguir sus pasos. Después de la concha aromática encontramos

7 - El gálbano

El gálbano es una droga elaborada a partir del jugo blanco y lechoso de una planta de los países cálidos. Esta droga tiene un sabor acre y un olor desagradable; se dice que tiene la capacidad de mezclarse ventajosamente con otros perfumes. La presencia del gálbano entre los perfumes del santuario ha sorprendido a muchas personas, e incluso los autores antiguos han hablado de él y han hecho diversas suposiciones al respecto. De hecho, el asunto es bastante sencillo si no nos salimos de las Escrituras, y el pasaje de [2 Corintios 2:16](#) nos dice lo suficiente sobre lo que habla el gálbano. Nos hace pensar en lo que es Cristo para el incrédulo. Para él es el olor de muerte, y, por desgracia, para él es la muerte. Está muerto mientras sigue vivo en el mundo. No ve nada deseable en el hermoso nombre de Jesús, al contrario, este nombre es para él un olor desagradable y repulsivo. Hábladle de Jesús, y enseguida desviará la conversación o se enfadará. Pero, oh precioso misterio, lo que para el incrédulo es como el repulsivo olor del gálbano, es precisamente uno de los excelentes perfumes del santuario de Dios y al mismo tiempo un olor de vida para los que están por la vida; para los que poseen esta vida por la simple fe en el nombre de Jesús.

8 - El incienso

Ahora llegamos al incienso. Como muchas de las especias aromáticas que hemos tratado hasta ahora, el incienso es una resina procedente de plantas de países cálidos. Esta resina, nos dicen los perfumistas, arde con una llama blanca y desprende un humo abundante y blanquecino de olor agradable. Es a través de la combustión que desprende toda su fragancia. A menudo se añaden otras drogas al incienso y se queman con él para aumentar o modificar su fragancia. El incienso del santuario, como ya hemos visto, era un *incienso compuesto*. Se trataba de una composición en la que, junto al estacte, la concha aromática y el gálbano y el propio incienso, se salaba, todo de igual peso. Este incienso debía molerse muy fino y colocarse en la parte delantera del testimonio en la tienda de reunión ([Éx. 30:36](#)). También era este incienso el que debía quemarse continuamente en el altar de oro delante del velo, y con el que el sumo sacerdote llenaba el incensario de oro cuando debía entrar en el Lugar Santísimo en el gran día de la expiación. De este modo, estaba rodeado por una nube de humo fragante que se elevaba constantemente hacia la presencia de Dios. Aquí también, tenemos una imagen del buen olor de Cristo. El incienso debía encenderse siempre con fuego tomado del altar de los holocaustos. La fragancia del

nombre de Jesús no puede separarse de su sacrificio. El incienso es una imagen de la intercesión de Cristo por los suyos. Que mi oración se eleve ante ti como el incienso, la elevación de mis manos como la ofrenda de la tarde (Sal. 141:2). ¡Qué intercesor tenemos y qué valioso es su oficio ante Dios! Él está ahí por nosotros en toda la excelencia de su perfecta humanidad y todo el valor de su sacrificio. Aquí también, sentimos nuestra incapacidad para hablar de tales cosas, son demasiado grandes para seres tan pobres como nosotros, pero nuestro privilegio es permanecer por la fe en la bendita atmósfera del lugar santo. Que podamos habitar allí incesantemente.

Además de los perfumes que acabamos de tratar, encontramos otras cuatro especias que no se utilizaban en la composición del aceite santo de la unción, ni en el incienso de las drogas odoríferas. Estas cuatro especias nos muestran otra cara de la excelencia del perfume del nombre de Jesús: es lo que él es para los que le aman. Nos hablan de lo que Jesús es para sus corazones, más que de lo que es para el corazón de Dios, como era el caso de los perfumes que hemos tratado hasta ahora. La primera que debemos considerar y sin duda la más conocida es

9 - El nardo

El nardo, además de su gran valor, se caracteriza sobre todo por su *olor muy penetrante*. Lo que se nos dice sobre el nardo en la Palabra es muy hermoso. No podemos hacer nada mejor que transcribirlo aquí: «Jesús entonces, seis días antes de la Pascua, vino a Betania, donde estaba Lázaro, a quien él había resucitado de entre los muertos. Le hicieron allí una cena. Marta servía, y Lázaro era uno de aquellos que estaban a la mesa con él. Entonces María, tomando como medio litro de perfume de nardo puro, de mucho valor, ungió los pies de Jesús, y los enjugó con sus cabellos; y la casa se llenó del olor del perfume» (Juan 12:1-3). Cualquier comentario no haría más que estropear esta sencilla y conmovedora descripción que el Espíritu Santo nos hace de esta escena en Betania. En un mundo enemigo, el Rey rechazado había encontrado corazones que lo amaban. El nardo, con su penetrante fragancia, llenaba la casa con su olor. Es un rincón del cielo en la tierra, una visión de la bendita eternidad que está ante todos los redimidos. La muerte queda atrás, un recuerdo; un solo objeto llena todos los corazones, nada es demasiado grande ni demasiado precioso para honrar al Rey rechazado. En efecto, dos cosas caracterizan al nardo: su gran precio y su olor penetrante: la casa se llena de su olor. Es bueno entrar en el templo donde se da rienda suelta al amor.

10 - El azafrán

El azafrán solo se menciona una vez en las Escrituras: [Cantar de los Cantares 4:14](#). Allí se encuentra en compañía de las principales especias. Ya hemos señalado que en el pasaje que nos ocupa, las especias se presentan de dos en dos. Hay un vínculo entre las fragancias que el Rey encuentra en su jardín. Es un jardín amurallado, solo él sabe lo que contiene el jardín y solo él sabe apreciar las cosas que hay en él. Aquí el azafrán está con el nardo. De nardo y azafrán, leemos. Por lo tanto, debemos buscar el vínculo entre estas dos especias y esto nos ayudará a entender lo que el azafrán quiere decirnos, lo que Dios quiere enseñarnos a través de él. Leemos en el primer capítulo del Cantar de los Cantares: «Mientras el rey estaba en su reclinatorio, mi nardo dio su olor» (v. 12). Este nardo, como hemos visto, servía para honrar a este rey rechazado. Ahora bien, el azafrán es un producto de un hermoso color amarillo dorado que nos hace pensar necesariamente en la corona de oro de este Rey de gloria. En otras palabras, el azafrán es la fragancia que nos recuerda la excelencia de este rey humilde y bondadoso que fue rechazado por el mundo, pero también honrado por aquellos que lo aman y obedecen. El nardo y el azafrán son los aromas con los que se honra al Rey.

11 - El áloe

En el Evangelio según Juan, capítulo 19:39, leemos que Nicodemo y José de Arimatea vinieron con una mezcla de mirra y áloe de unas cien libras, tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en lienzos, con las especias, y lo pusieron en una tumba en la que nunca se había puesto a nadie. El áloe, por tanto, junto con la mirra, formaban las especias cuyo perfume se elevaba desde el sepulcro en el que se había depositado el cuerpo de nuestro Señor: el cuerpo en el que se había complacido en habitar toda la plenitud de la Deidad, que no debía oler a corrupción y que la muerte no podía retener. Si la mirra, como ya hemos señalado, es el perfume que se exhala de sus sufrimientos, el áloe no puede ser otra cosa que aquel que se exhala de su muerte. Estas dos especias unidas aquí, también lo están en el pasaje citado del [Cantar de los Cantares 4:14](#). En el [Salmo 45:8](#), cuando el rey sale de los palacios de marfil con toda su gloria, sus ropas están todas perfumadas con mirra, áloe y casia. El recuerdo de su sufrimiento y su muerte le sigue en el día de su triunfo. Por último, encontramos el áloe o más bien los árboles de áloe en [Números 24:6](#), plantados por Jehová. Están ahí como resultado de la muerte de Cristo. El pueblo del que habla Balaam está

puesto al beneficio de esta muerte. También nosotros poseemos una vida que ha sido sacada del seno de la muerte, y el perfume de esa muerte debería exhalarse continuamente de cada uno de nosotros.

12 - La henna (o alheña)

La henna es un arbusto gracioso con ramas sueltas cubiertas de una corteza blanquecina y un olor agradable. Especialmente las flores, en racimos blancos, difunden un dulce olor. Las mujeres egipcias hacen manojos de ellas y las ponen en sus blusas como perfume. El versículo 14 del capítulo 1 del Cantar de los Cantares nos dice que el amado es para su esposa como un racimo de henna en las viñas de En-gadi. En-gadi fue dada como herencia a la tribu de Judá, la tribu real. Esta ciudad estaba en un desierto, pero en nuestro versículo ya no es un desierto; la viña está allí, la alegría traída por el Rey de gloria llena todos los corazones. El amado está allí en toda su belleza, en toda su santidad y el perfume de su nombre llena los corazones de los suyos. La hermosa y fragante flor de henna es aquí la imagen de este Rey de gloria y el perfume de esta flor blanca habla a los corazones de los suyos de toda la excelencia de su persona.

De lo anterior se desprende que hay tres clases distintas de perfumes, cada una de ellas compuesta por cuatro tipos de sustancias aromáticas:

1. *El aceite de la santa unción* que se derramaba sobre el tabernáculo, sobre todos sus utensilios y sobre la cabeza de Aarón y las de sus hijos. Es para nosotros el perfume del nombre de Jesús, del que el Espíritu Santo da testimonio en la casa de Dios y en los suyos.

2. *El incienso de las drogas odoríferas* que solo se encontraba en el santuario. La imagen de Cristo que intercede por los suyos en la presencia de Dios en toda la excelencia de su persona y la perfección de su obra.

3. Los perfumes que Cristo encuentra en su jardín, en los suyos, y que se mencionan de dos en dos en el Cantar de los Cantares. Algunas de estas especias ya se mencionan en el [Éxodo 30](#). Cuatro no lo son: la henna, el nardo, el azafrán y el áloe. Los creyentes tienen el privilegio de poder manifestar algo de Cristo en el mundo. Así encontramos, entre otras cosas, mirra y áloes. Se les concede sufrir por Él, algunos incluso tuvieron el privilegio de morir por su nombre.

Quiera Dios que estas pocas líneas nos lleven a conocer mejor la excelencia del perfume del nombre de Jesús. Que seamos mejor capacitados de difundir a nuestro alrededor la fragancia de este nombre como ningún otro comparable. Por último, que, como verdaderos sacerdotes en el lugar santo, hagamos subir ante Dios la fragancia pura y sin mezcla que deleita su corazón. Para ello debemos estar constantemente en la bendita atmósfera del santuario, que está impregnada de la fragancia de las más excelentes especias. Perfumes que no se pueden poner en ningún hombre y que no se pueden oler fuera de la morada de Dios.

Traducido de «*Le Messenger Évangélique*», año 1935, página 72